

ño; se acercaba con cierta circunspección y como pidiendo le acariciasen. Le gustaban en extremo los dulces, así es que todos le obsequiaban con ellos; y como padecía una tos frecuente y se hallaba afectado del pecho, esta gran cantidad de confituras contribuyó sin duda á abreviar su vida. En París vivió solo un verano y el invierno siguiente murió en Londres. No comía apenas; pero las frutas maduras y secas las prefería á los demás alimentos. Bebía vino pero en corta cantidad, y lo trocaba gustoso por leche, thé ú otros licores suaves."

Al ver desplegarse en el Orangutan tanta inteligencia y aun pudiera decirse tanta agudeza en su juventud, parecía natural esperar que la demostrase mucho mayor cuando llegase á ser adulto; pero justamente sucede lo contrario. Si se examinan las modificaciones orgánicas que experimenta un Orangutan al pasar de la juventud á la edad adulta, inclinarán á juzgar que su inteligencia ha debido debilitarse. El Orangutan joven presenta una frente que resalta, redonda, elevada, es decir, un gran desarrollo de las partes anteriores del cerebro: pero estas partes no tardan en aplomarse, deprimirse y reducirse á las proporciones que ofrecen las demás especies de monos. Los Orangutanes presentan este singular fenómeno que á medida que se desarrollan sus fuerzas físicas se debilitan las intelectuales, como si la naturaleza no hubiese querido dejar todos los recursos de la inteligencia á un animal que se hallase dotado de una parte de la destreza del hombre. Sea lo que quiera, este aserto no puede mirarse sino como una conjetura; porque nadie hasta el día ha tenido ocasión de observar á los Orangutanes en lo interior de los bosques que habitan, y que lo que llamamos una indómita afición á las selvas, no es, por lo visto, sino el amor de la independencia que solo puede considerarse como una prueba de falta de inteligencia. Sin embargo, esta cuestión queda sin decidir como tantas otras concernientes á este animal, y probablemente no llegarán á resolverse porque la raza se hace cada vez más rara y más difícil de estudiar.

(S. Pintoresco.)

Continúa el artículo sobre educación, principiado y suspendido en la Gaceta número 17.

No bastan pues los esfuerzos individuales para llenar el importante objeto de la educación, sino que es preciso considerarlo más ampliamente y reportar por medio de los recursos acumulados todo el beneficio que aquella ha de producir. Preciso es pues pensar en la educación de cuantas clases componen la sociedad para que cada una la reciba según el rango que ocupa, según las funciones que ha de desempeñar, y cuya influencia invertida ó desquiciada constituye un verdadero trastorno social, que en su causa no advierten todos, aunque sí sus efectos, así como de los terribles de la ignorancia relativa, se resienten sin excepción. Hasta la misma moralidad, que digámoslo así parte de un fuero interno en las acciones, requiere más ó menos delicadeza y solidez de principios en unas clases que en otras, por que colocados los hombres en situaciones diversas, con ocupaciones distintas, con peligros ó tentaciones mayores, y con una esfera de acción más estendida y más trascendental, ha de haber relativamente en las bases más extensión, desenvolvimiento y solidez para que por un lado sean mayores los beneficios que resulten, y por otro se disminuyan las perniciosas consecuencias del ejemplo dado por personas que los demás imitan, que á las clases subalternas se propagan. No hay pues clase que no deba recibir hasta una educación moral distinta y adecuada á su situación, á su desempeño, á su influencia en el orden social; y ya dijimos anteriormente que las acciones al parecer más inocentes, más privadas, transmiten su influencia benéfica ó perniciosa á la masa de la sociedad entera y forman lo que puede llamarse bien estar público, felicidad social. Los actos que ocultan á los ojos del público las paredes domésticas, y hasta los que tienen su teatro en el rincón más escondido de ellas, transmiten su influencia al orden público, por que los individuos por quien son perpetradas dan ejemplo á las familias; y esto sin excepción alguna ni aun de los casos en que se verifiquen en los lugares más recónditos, porque pervierten el corazón y encaminan á actos, que por aquel principio de analogía tan dominante en el hombre, lo llevan á obrar mal ó hipócritamente en el mundo: segunda fuente de vicios de que no es de este momento tratar. Si estas observaciones y clasificaciones son exactas bajo la parte moral ó reguladora de la vo-

luntad en las acciones, no es menos influyente, si bien de un modo más ostensible, con respecto á aquella parte de la educación que nos enseña y nos dá los medios de procurar la subsistencia, de sostener nuestras personales necesidades y las de nuestras familias del modo correspondiente á la clase ó gerarquía que ocupamos, y con cuya situación y exigencias es á todos preciso conformarse, sacando el mayor partido posible para el provecho particular y común del tiempo y del trabajo, dos cosas que no siempre está á nuestra voluntad el extender ó aumentar en su duración ó constancia, pero de que podemos reportar un provecho mayor, un fruto más esquisito y abundante si una educación bien entendida y una dirección conducente nos enseñan á aprovecharlo. No hay pues hombre en la sociedad que no deba recibir ciertos grados de educación, y lo que es todavía más, no hay ninguna que en efecto no la reciba desde el más salvaje, ó próximo al estado de naturaleza, hasta el más civilizado. Pero, ¿que diferencia de la educación casual y contingente, á la calculada, combinada y prevista por las lecciones de la conveniencia individual y general! ¿Quién podrá calcularla? pero ¿quién podrá tampoco desconocerla? ¿y quien, conociéndola, podrá desentenderse de prestar su interés á materia semejante? No hay pues padre á quien pueda interesarle solo la educación de sus hijos, no hay individuo alguno en la sociedad, aunque no los tenga, aunque habite en el más obscuro rincón, aunque viviendo en la holganza sin ejercer especie alguna de industria, á quien pueda ser indiferente la moralidad de las acciones de los que le circuyen, la habilidad con que ejerzan las artes en que se ocupan, y por último la robustez y fuerza de la sociedad á que pertenezca; y puesto que para conseguir estos bienes forzoso es hacer algunos sacrificios, racional es prestarse, de buen cálculo cooperar á tan importante fin. Pensar por otro lado que todo esto puede hacerse sin sacrificios es no parar la consideración en el único modo como puede lograrse el objeto. Precisos son establecimientos públicos para todas las clases, retribuir á los directores, profesores y demás empleados que llevan consigo estas instituciones; y estos sacrificios solo pueden hacerlos los asociados sacrificando una parte de sus haberes destinándolos á tan ventajosas instituciones, así como el labrador destina una parte de sus frutos á sepultarlos en las entrañas de la tierra para una reproducción que aseguren su futura cosecha, su afortunado porvenir. Estos resultados por materiales son más ostensibles y palpables, más para apreciar aquellos está la inteligencia, la razón humana, la racionalidad y la consideración que distingue al hombre del bruto que lo eleva y acerca á la divinidad.

Probada pues hasta la evidencia la necesidad de la educación en todas las clases, y la necesidad de la anticipación y continuación de sacrificios para lograrlo, trataremos sucesivamente de las instituciones particulares, principiado por las más modernas llamadas *Salas de Asilo*, en que recogiendo los niños desde su más tierna edad se substraen á riesgos infinitos y se principia el trabajo de la educación antes que se abriguen en el corazón las primeras semillas del vicio y en el entendimiento los gérmenes de los errores que lo producen.

POESIA.

Con demasiado placer creemos ver ahora la reproducción de unos versos que, en los siglos de Berceo y Juan Lorenzo, no pudieron hacer con alguna melodía, apesar de sus doblados esfuerzos, nuestros vates españoles; versos que, según los asertos del autor de un sistema musical que tenemos á las manos, nos parece que podemos formar sin ninguna dificultad, y por medio de sus reglas imitar los sonoros y suaves metros de Horacio y del divino Homero.

Nosotros no podemos saber aun si hemos descabellado, en cuanto puedan refluir estas palabras en favor de una proposición que se ha tenido hasta ahora por absurda. Nuestro objeto no ha sido hacer la apología de el „sistema musical“, sobre la regla de hacer versos más armoniosos que los de Virgilio; aunque á nuestro parecer y de muchos sean estos más gratos que algunos traducidos de ese autor latino; y solo si decimos que nos ha aclarado realmente el problema incógnito del acento prosódico, con más exactitud que lo han hecho todas las resoluciones que nos han podido dar, los que hayan sido ó sean sus detractores en aquella parte. (1)

(1) Decimos con más exactitud por que nadie ha podido de-